

Para llegar á la Montaña Verde tenia que cruzar por una calle espesa de árboles, de uno de los muchos bosques que rodeaban la ciudad.

Colgando en uno de los árboles el traje, corrió para llegar cuanto ántes adonde estaba Caoniana.

Miéntas tanto, luchaban poco ménos que cuerpo á cuerpo los indios con los extranjeros.

Caoniana recibió en sus brazos á Ibo-ibo.

La felicidad embriagó al intérprete de Hernan Cortés.

No trascurrió mucho tiempo sin que los indios, vencidos, llegasen á guarecerse entre las rocas de la Montaña Verde, conduciendo sobre sus hombros los heridos y los muertos.

Entre los últimos vió Ibo-ibo á su padre.

Dominado por el dolor:

—Juro sobre tu cabeza, dijo, ayudar á exterminar á los españoles.

Yo os guiaré al combate; mi dolor me dará fuerzas; la esperanza del amor me ayudará á combatir; busquemos en el descanso tregua á nuestro dolor, y mañana mataremos á los españoles.

El amor habia convertido á Ibo-ibo en uno de los más encarnizados enemigos de Hernan Cortés.

Este era un verdadero contratiempo para los españoles.

Melchor sabia las intenciones de su amo.

Conocia á los soldados que le acompañaban, y habia aprendido de los españoles las maniobras más decisivas en los combates.

Cuando al penetrar en el bosque que conducia á la Montaña Verde encontraron los emisarios de Hernan Cortés el traje que habia dejado en un árbol Melchor, y lo llevaron á su jefe, asegurándole que no parecia por ningun lado, Hernan Cortés comprendió lo que pasaba.

—Es una verdadera desgracia, dijo; esa desercion nos obliga á duplicar nuestras fuerzas. La ingratitud de ese hombre puede costarnos cara; pero á nuestro lado pelean la razon y la fe.

## CAPITULO XXVI.

### Zozobras.



El caudillo no se habia equivocado.

Después de las primeras declaraciones que habia hecho Melchor á los indios para que considerasen ménos definitiva de lo que pensaban su derrota, dominado por el amor de su patria, que se habia despertado en él por el deseo de salvar á su amada, insistió en ayudar á los indios.

Durante toda la noche fueron regresando los que con tanto denuedo se habian batido.

Todos estaban desanimados.

—Es imposible luchar con esos hombres, decia uno.

—Nuestras armas no les hieren, exclamaba otro.

—¿Qué poder sobrehumano les defiende, que nuestras flechas se embotan en su cuerpo sin producirles mal alguno?

—En cambio, con sus armas nos matan.

—Disponen del rayo.

—Por eso son inmortales.

—¡Desgraciados de nosotros!... dijo otro. Nos aguarda la misma suerte que á los indios de Haití.

En medio de la consternacion que estas palabras producian, no habia uno solo que abrigase la esperanza de poder contrarrestar el empuje de los enemigos.

—Huyamos, huyamos pronto de aquí á tierras más lejanas.

—Dejémosles libre el campo.

—Que se apoderen de nuestros dominios, de nuestras casas;

pero que al ménos no se gocen contemplando à sus víctimas.

Todos se disponian á seguir estros consejos, cuando Melchor, llamando en torno suyo á los caciques:

—No temais, exclamó; estais completamente equivocados. El miedo os hace creer lo que no es.

—¿Por ventura no nos basta luchar cuerpo á cuerpo con los españoles?

—Yo he vivido con ellos, yo he estado á sus órdenes, yo he devorado algun tiempo la afliccion de la esclavitud, y los conozco mejor que vosotros.

—¿Qué no son inmortales?

—No; al contrario, si nuestras flechas no les hieren, es por que esos petos de hierro, esos cascos del mismo metal, cubren su cuerpo y su cabeza; y ademas porque saben defenderse mejor que nosotros.

—¿Y hay por ventura algun medio de proveernos de esa defensa? preguntaron algunos.

—No hay otro medio que luchar con ellos.

—Nos han vencido.

—Eso no importa: algunas horas de tregua para descansar y mañanavolveremos á combatir con ellos.

Son pocos; yo los he contado.

Nosotros somos muchos, pero no sabemos batirnos.

Yo he aprendido á su lado á hacer que un hombre valga por ciento.

Dadme el mando de todos vosotros, dejadme que os guíe en el combate y no dudeis del triunfo.

Lo que conviene es separarlos; con veinte ó treinta que caigan en nuestro poder podemos ganar mucho terreno.

Despojándolos de sus armaduras, nos las pondremos y desafiaremos entónces el poder de sus balas.

—¿Pero no son dueños del rayo? añadió uno de los indios.  
¿Por ventura esas detonaciones, esos pedazos de metal que ma-

tan á nuestros hermanos, no son obra de un poder supremo?

—Estais en un error. Son tan mortales como nosotros, y si logramos que agoten las municiones que traen, si llegamos á luchar cuerpo á cuerpo con ellos, entónces ya no hay duda, la victoria es nuestra.

Aquellas tranquilizadoras esperanzas reanimaron el abatido espíritu de los indios.

Todos, hasta los caciques más poderosos, proclamaron como jefe y caudillo á Melchor.

La idea de obtener un triunfo, de poder presentarse á los ojos de Caoniana como un héroe, le embriagó por completo.

¡Ah! En aquellos momentos obraba bastante mal Melchor.

Cometia un crimen, pagaba con la ingratitud una deuda sagrada, y la Providencia no podia velar á su lado.

Miéntas hacia los preparativos para el próximo combate, miéntas formaba á los indios en batallones, como habia visto que se formaban los españoles; miéntas enviaba espías para que le diesen noticia de los movimientos de los extranjeros; miéntas, en una palabra, se aprovechaba de los conocimientos militares que habia adquirido al servicio de los dominadores de Cuba, los españoles, en medio de la más profunda soledad, no sabian qué partido tomar.

El mismo Hernan Cortés, que habia tenido ocasion de apreciar el gran número de fuerzas con que contaban los indios, que habia observado su bravura, que los consideraba más feroces, más inteligentes, más capaces del heroismo que los indios de las demas islas que hasta entónces habian dominado las armas españolas, temblaba en medio de aquella soledad.

Sus navíos más importantes estaban á alguna distancia.

Las carabelas de pequeño calado y los esquifes, atracados en la orilla y cuidados por muy pocos marineros.

Todo el ejército se encontraba en Tabasco alojado en los adoratorios de la gran plaza.

Melchor no parecía; Melchor podía haber muerto, era verdad; pero de ser así, aquellos hombres, que recogían los cadáveres para que no gozasen sus enemigos al contemplarlos, se hubieran apresurado á enviar á Hernan Cortés el cadáver de su intérprete, seguros de causarle un hondo pesar.

No lo habían hecho; Melchor no parecía; sus vestiduras se habían encontrado colgadas de un árbol; había renunciado á la protección que le dispensaban; había olvidado su gratitud; había arrojado aquel dogal, símbolo de la esclavitud, y entre sus hermanos, ansioso de venganza, con todos los elementos para llevarla á cabo, se aprestaba en aquellos instantes á sorprender á los españoles y á anonadarlos con el número de combatientes.

Para aumentar las dudas, las zozobras, las inquietudes del caudillo, de sus capitanes, de sus soldados, hasta la misma naturaleza parecía confabularse con sus enemigos.

La noche estaba oscura, lóbrega.

Durante el día había abrazado el sol á los guerreros.

Al anoecer se había levantado uno de esos terribles huracanes del trópico, y á lo léjos resonaba ese lúgubre sonido que produce el vendaval cuando agita los frondosos árboles.

Aquel ruido impedía á los centinelas oír si se acercaban los pasos de los enemigos.

Se habían alejado, pero podían volver de un momento á otro.

Si dividía su pequeño ejército para que cada uno de los capitanes saliese con unos cuantos hombres á explorar el terreno, podía muy bien verse sorprendido; permanecer allí sin hacer nada, era para un hombre como Hernan Cortés, una de las situaciones más horribles en que podía encontrarse.

A la mañana siguiente, casi al romper el alba, resolvió enviar dos fuertes destacamentos en dirección al refugio que habían buscado los indios, para saber á qué atenerse.

Necesitaba para ponerlos al frente de aquellas tropas dos hombres de corazón y de prudencia.

Eligió desde luego á Pedro de Alvarado y á Francisco de Lugo.

Dió á cada uno cien hombres, y los mandó que por distintas sendas se encaminasen hácia la montaña, en donde suponía que se habían refugiado los indios.

—Si hallais al enemigo, les dijo, volved hácia el cuartel general. Conviene darle una nueva batalla; pero estando todos reunidos. Lo demás sería hacer alarde de un valor estéril.

Prometieron obedecer sus órdenes los dos capitanes y partieron.

Su marcha no amenguó la zozobra de Hernan Cortés.

Aquella misma tarde recibió un parte por uno de los soldados de Alvarado, pidiéndole refuerzos.

—La batalla se ha empeñado, le dijo; volved en socorro de los dos capitanes.

## CAPITULO XXVII.

### Emboscada.



Es aquí lo que había sucedido.

Francisco de Lugo tomó la senda que conducía directamente á un bosque que separaba el llano de la montaña.

Por muy de prisa que se hicieron los preparativos, no pudieron salir las columnas hasta muy cerca de las ocho de la mañana.

A aquella hora había ya organizado su ejército Melchor, y comprendiendo que los españoles elegirían el camino más natural, más llano y más derecho, distribuyó en el bosque el grueso de sus fuerzas.

Dos horas de camino llevarían los soldados de Francisco de Lugo cuando llegaron á la entrada del bosque.

Un sargento de hercúleas fuerzas, de un valor y de un arrojo sin igual, penetró con cuatro soldados á través de los árboles, se internó no poco y volvió, diciendo á Francisco de Lugo:

—Los enemigos están muy léjos. La derrota de ayer los ha amedrentado sin duda, y podemos entrar en el bosque sin peligro de caer en alguna emboscada.

Era Francisco de Lugo hombre prudente, y dispuso que sus cien soldados se dividieran en ocho ó diez pequeños destacamentos, por lo que pudiera suceder.

Penetraron en el bosque en esta forma, y no oyeron el menor ruido.

El viento había cesado, y la naturaleza estaba en uno de esos momentos de calma tan propios de los trópicos.

No eran las calles de aquella selva tan regulares como las de los bosques que hay en Europa.

Desiguales y tortuosas, eran puramente estrechas en algunos espacios, y formaban plazas ó explanadas en otras.

Los españoles avanzaban en pequeños grupos, muy poco separados unos de otros.

Todos ellos llegaron á una explanada que había á un cuarto de legua de la entrada del bosque.

Allí mandó hacer alto el capitán.

No bien se reunieron los soldados, cuando desde las ramas de los árboles de las calles que partían de aquella especie de encrucijada cayeron sobre los españoles una lluvia de flechas, y en un momento se vieron rodeados por millares de indios que no se atrevían á acercarse: por lo ménos parecían resueltos á concluir con sus enemigos.

La situación de Francisco de Lugo fué angustiosa.

No se intimidaron los soldados: eran españoles.

Pero el enemigo les había sorprendido.

Estaban completamente acorralados

No tenían más recurso que formar un cuadro dentro de la explanada y defenderse hasta morir.

Dispúsole así el capitán, y formando con sus pechos murallas mientras cargaban sus arcabuces, los que disparaban los suyos pudieron defenderse y causar grandes pérdidas al enemigo, sin que, gracias al temor que tenían los indios á las balas, pudieran hacerles daño con sus flechas.

Estaban colocados á una distancia suficiente para que los proyectiles no les hiriesen.

Las flechas, por lo tanto, llegaban sin fuerza á los pechos de los españoles.

Pero á cada minuto se aumentaba la fuerza de los indios.

Nuevos guerreros acudían de la montaña al llamamiento de sus hermanos, porque podían realizar el deseo de Melchor.

Allí había cien hombres.

Todos ellos estaban armados.

Todos ellos tenían petos, espaldares, cotas de algodón, y se figuraban que apoderándose de estos objetos podían desafiar con más probabilidades de triunfo á los soldados de Hernan Cortés.

Más de dos horas sostuvieron el puesto los españoles, haciendo disparos certeros.

Ya estaban á punto de acabarse las municiones de los españoles, cuando llegaron á su lado para favorecerles los soldados que habían salido á explorar el terreno á las órdenes de Pedro de Alvarado.

Este bizarro capitán había seguido la senda que le trazó Hernan Cortés; pero llegó á un paraje pantanoso y desde allí torció á la derecha.

Apénas avanzó algunas pasos, oyó la detonación de los arcabuces.

Esto le hizo comprender que sus compañeros estaban en peligro.

Guiado por el ruido de los tiros, pudieron acercarse hasta donde estaban y prestarles una gran ayuda.

A la llegada de los soldados de Alvarado se rompió el cuadro.

Aquellos hombres, que venían de refresco, persiguieron á los indios, y después de obtener el primer triunfo sobre ellos, al ver que se alejaban, comenzaron á efectuar una de las más admirables retiradas que se han llevado á cabo por los ejércitos del mundo.

Los indios, instigados por Melchor, fueron á través de los árboles hasta la entrada del bosque para impedir á los españoles que pudieran llegar á Tabasco.

Los soldados, á las órdenes de sus capitanes, retrocedían haciendo disparos certeros.

Cuatro horas, cuatro eternas horas duró este combate, y en ellas solo consiguieron llegar hasta la entrada del bosque.

Allí eran los árboles muy espesos.

Detrás de sus troncos podían defenderse los indios y disparar impunemente casi al lado de sus enemigos.

Todo iban á perderlo, cuando Hernan Cortés, avisado por un soldado que le envió Francisco de Lugo, llegó con nuevas fuerzas, alejó de la entrada del bosque á los indios, y los persiguió, luchando cuerpo á cuerpo con ellos.

La desesperación de los indios fué horrible.

Olvidándose del peligro que corrían, caían á grandes bandas sobre los españoles, rodeando el cuerpo de algunos de ellos como culebras, cortándose las manos con las espadas al querer cogerlas, empleando, en fin, todos los medios que la desesperación y el valor aconsejan á los hombres.

La batalla fué mucho más terrible que la del día anterior.

Los indios llenaron el suelo de cadáveres.

De los españoles solo once quedaron heridos.

Muertos no tuvieron más que dos.

Al regresar Hernan Cortés al cuartel estaba más satisfecho, más tranquilo.

El triunfo que había obtenido era inmenso; á sus ojos definitivo.

¡Cuánto se engañaba!

Los indios que quedaron vivos resolvieron libertar á su patria de la opresión de aquellos extranjeros, ó morir todos.

Enviaron inmediatamente emisarios á las provincias próximas, á las islas vecinas.

Melchor convocó á los caciques de todas ellas y todos acudieron al llamamiento.

Mientras dormían sobre sus laureles los españoles, los indios, resueltos á jugar el todo por el todo, á sucumbir ántes que ser

esclavos, juraban ante el altar de sus ídolos sacrificar su vida, la de sus esposas y sus hijos en aras de la patria.

¡Qué hermoso, qué simpático es el valor cuando defiende la independencia de un pueblo!

Aquellos infelices tenían derecho á que se respetaran sus hogares, sus creencias, y estaban dispuestos á sacrificar en aras del amor de la patria todas sus esperanzas, toda su felicidad, todos sus bienes.

Cualquiera otro caudillo que no hubiera sido Hernan Cortés, hubiera retrocedido ante el espectáculo que los habitantes de Tabasco presentaron á sus ojos algunos días despues de la victoria que habian alcanzado sobre ellos.

Es necesario todo el heroismo, todo el génio, toda la grandeza de ánimo de aquel hombre privilegiado, para no retroceder ante aquel formidable ejército, no contando más que con un escaso número de hombres, cansados ya y convencidos de que no realizaban las ideas que los habian llevado á aquellas lejanas tierras.

¡Qué empuje no tendria la voz de aquel guerrero!

¡Qué ascendiente tan poderoso no ejerceria sobre sus soldados, cuando pudo lograr que un puñado de hombres se presentase frente á frente de un ejército de más de cuarenta mil.

Aquella batalla fué superior á las anteriores, y merece capítulo aparte.

## CAPITULO XXVIII.

### Los prisioneros.



URANTE la refriega que sostuvieron con los indios Francisco de Lugo y Pedro de Alvarado, al aproximarse Hernan Cortés con tropas en su auxilio, se pusieron en precipitada fuga los indios, y los españoles, aprovechándose de aquel pavor de sus enemigos, persiguieron á algunos de ellos y lograron apoderarse de doce.

Volvieron con ellos al cuartel general, y Hernan Cortés dispuso que los trataran con la mayor atencion, porque desde luego concibió la idea de apoderarse de su voluntad y de obtener con astucia en sus declaraciones las noticias más importantes, y que necesitaba para saber á qué atenerse respecto á las condiciones en que se hallaban sus adversarios.

Llamó á Jerónimo de Aguilar y le dijo:

—Vais à prestarme un gran servicio.

—Disponed de mí.

—En primer lugar, deseo que tengais una conferencia con los prisioneros, que les pregunteis en mi nombre si están contentos del trato que han recibido, y que les asegureis de nuevo que mis intenciones no han sido nunca conquistar este país, ni mucho ménos hacer daño á sus moradores.

Decídes ademas, que habeis vivido mucho tiempo á mi lado, que habeis intercedido por ellos cerca de mí, y cuando estén bien penetrados de que estas son vuestras intenciones, vais á excitarles á que os declaren los motivos que tienen para luchar